

FERNÁNDEZ FLOREZ Y LA PROGRESÍA

Por J.M. ALBERICH

Mi padre, que era un buenazo, y que murió a los sesenta y ocho años sin haber perdido la inocencia, a pesar de haber engendrado y criado nueve hijos, en tiempos difíciles de guerra civil y de posguerra durísima, mi padre – digo – vió en el escaparate de una librería de Algeciras un ejemplar de *Las siete columnas*, y, ni corto ni perezoso, entró en la tienda y convenció al librero de que quitase de la vista pública aquel pernicioso escrito, pues, como es sabido, la tesis del susodicho libro es que, sin el apoyo de los siete pecados capitales – las siete columnas del título – la sociedad humana se hundiría en el caos y la miseria.

A mi padre no le importaba gran cosa la literatura, y no entendería que esta obra de madurez del gran humorista gallego era realmente una joya, una joya relativamente poco conocida y menos apreciada, como tantas otras de nuestra historia literaria. Tiene la extensión de una novela, pero no lo es en el sentido moderno del término: le falta la densidad realista y psicológica que se requiere del género desde la época de Galdós en España o de Balzac y Dickens en sus respectivas patrias. Es más bien un cuento filosófico – una *nivola* la habría llamado Unamuno – al estilo de los del siglo XVIII, algo que le habría gustado a Voltaire o a Diderot. Y si no tiene las cualidades de una gran novela al uso realista, tiene en cambio una construcción impecable y una agudeza de pensamiento nada desdeñable.

Consta de un “capítulo previo” o prólogo y de dos partes narrativas. En el primero se desarrolla una conversación entre un anacoreta y el Diablo, conversación que no tiene desperdicio, y en la que el ángel malo se lamenta de que ya nadie cree en él ni en Dios:

“Si aún hay quien divaga acerca de Él – dice Satanás refiriéndose a su opuesto – es para intentar analizarlo científicamente... pero ni aun así merecen estos investigadores de lo divino la atención de la muchedumbre”.

Y en cuanto al Rebelde...se ha convertido en una simple interjección; se dice “¡ diablo! “ como se dice “¡ córcholis ¡” o “¡ caramba! “ (hoy don Wenceslao hubiese empleado sustitutos más gruesos). Ya no existen ni la santidad ni la posesión diabólica. Ávido de tentar a otro eremita, Satán encontró por fin a un hombre que vivía desnudo y sólo comía frutas y raíces, pero que resultó ser un naturista inglés. Y en cuanto a los endemoniados, la Medicina “declaró que sólo se trataba de unos epilépticos”.

En la narración, en su Primera Parte, presenta unos personajes y los implica en un ligero argumento. Todos ellos representan algún pecado o vicio dominante, o varios. Hay un filántropo cuya principal motivación es la vanidad y un financiero que predica el ahorro a los demás para satisfacer su codicia. El personaje que más se acerca al papel de protagonista – si bien el verdadero héroe de esta historia es el Diablo – Florio Oliván, fabricante de foie-gras, no encarna la gula tan perfectamente como algunos de sus amigos, grandes aficionados a las comilonas, y sobre todo el llamado Truffe, para quien la humanidad entera se volvería bondadosísima si todo el mundo pesase por encima de los cien kilos. El crítico Azil encuentra su musa en la envidia, y la lujuria – más o menos disfrazada de amor – mueve los resortes de varios personajes, hasta llevarles a un duelo a pistola que, sin embargo, no acaba en tragedia porque no conviene que acabe así, ya que, en esta parte de la novela, el reinado de las pasiones debe presentarse como benéfico. Hasta la pereza – paradójicamente – resulta un estímulo para la labor de los científicos e inventores, empeñados en ahorrar a todos las penalidades del trabajo físico.

El último capítulo de esta primera parte, el séptimo, imprime un giro decisivo a la acción, pues el Diablo, desanimado por

su creciente insignificancia y aun más por la de su Rival – a quien la teoría evolucionista ha privado incluso de su papel de Creador – accede a los ruegos del eremita y decreta que “los siete pecados capitales ya no turbarán a los hombres”. El ermitaño anuncia la buena nueva a un pueblo que está a punto de declarar la guerra por la posesión de unos pozos de petróleo, y el pueblo, aliviado, la acoge con júbilo.

Cuando se reanuda la narrativa en la Segunda Parte, han pasado cinco años. La fábrica de foie-gras de Florencio Oliván tiene que deshacerse de sus últimos obreros y cerrar, pues sin el estímulo de la gula no hay demanda para sus productos. La gente come ahora verduras y legumbres mayormente, si bien la agricultura ha decaído en grado notable por la falta de interés en la comida y la inexistencia del afán competitivo en los cultivadores. Los vinos apenas subsisten. Las cajas de ahorro y los bancos han cerrado sus puertas, ya que nadie quiere aumentar su fortuna movido por la avaricia. Las industrias suntuarias, textiles y de muebles yacen en ruinas por la falta de demanda: el vestir bien, el lujo en el hogar, han perdido todo sentido al desaparecer la vanidad y la soberbia. La minería y los altos hornos han sufrido el colapso de la industria en general al no necesitarse sus materias primas. Como consecuencia de todo ello, el paro y la miseria se han extendido por la faz de la tierra. Al final de la novela las multitudes famélicas, apercebidas de cuál es la verdadera causa de sus sufrimientos, acuden al sitio donde el ermitaño pactó con el Diablo para pedirle a éste que deje otra vez en libertad a los siete pecados capitales, pues éstos – como dice Oliván – “eran las siete columnas que sostenían el edificio social, la civilización, el progreso; nuestras convenciones, nuestras leyes, nuestro bienestar, hasta nuestros afectos, descansaban su milenaria y enorme mole sobre ellas”.

Mi buen padre no tenía que haberse escandalizado con esta teoría si se hubiese parado a pensar un poco, pues *Las siete columnas*, aunque escrita probablemente desde una postura de descreimiento (a eso suena a todo lo largo de sus páginas), es no obstante una obra teológicamente impecable. Afirmar que el mundo está gobernado en parte por los malos instintos – las tentaciones les llama Fernández Flórez – no es ninguna herejía; es la

misma doctrina del pecado original formulada con palabras distintas. Imaginar que la sociedad humana, en este bajo mundo material, se destruiría a sí misma si todos fuésemos perfectos modelos de virtud y desinterés, es así mismo una profecía con grandes visos de acierto. Teóricamente, esa humanidad de santos podría existir, pero sería algo tan hiperbólicamente distinto de lo que ha sido el mundo, de hecho, en los últimos milenios de su existencia, que la fantasía más descabellada no podría figurársela convincentemente. Tales imaginaciones han alimentado míticamente las creencias en edades pasadas más que futuras, como es el caso del Paraíso Terrenal o de la Edad de Oro descrita por Don Quijote en su discurso dirigido a los cabreros. Ahora bien, volviendo al ámbito del pensamiento cristiano, está claro que Dios no ha creado el mundo para que esté poblado de ángeles, sino de hombres con libertad para elegir entre el bien y el mal, o – dicho con otras palabras – para sucumbir a veces a las tentaciones. Y lo ha hecho *a sabiendas* de que la sociedad humana iba a funcionar así, dinámicamente, con equilibrio inestable entre fuerzas opuestas, no en un reposo de estática beatitud. De haberlo concebido de esta última manera, no tendrían sentido sus mandamientos: “amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo”. No tiene sentido mandar lo que se hace naturalmente y sin esfuerzo. Es decir, la sociedad humana, tal como la concibió su Creador – y Él, en su infinita sabiduría, sabrá por qué – *presupone* las siete columnas de Fernández Flórez. Don Wenceslao no hizo otra cosa que exponer dicho aspecto de la cuestión en un apólogo o parábola de intachable ortodoxia.

Habría, sin embargo, muchos lectores actuales del humorista gallego a quienes no interese la ortodoxia o heterodoxia de su novela. Pero *Las siete columnas* tiene otras lecturas, y singularmente tiene una lectura política que la convierte en una brillantísima profecía. Cuando se leen, en efecto, los últimos capítulos de la obra, donde se nos pinta un mundo bobalicón y gris, un rebaño triste sin estímulos vitales de ninguna clase, cada vez más pasivo y empobrecido, todo eso nos suena a algo que ha existido recientemente y que está aún desmoronándose: nos suena a Cuba, a Alemania del Este, a Rumanía. Podrá no ser el paraíso de los creyentes, pero se parece mucho al paraíso de los progres; al paraíso que

nuestra progresía quiere para otros, por supuesto, no para ellos mismos, bien acomodados en el ejercicio de la gula, la lujuria, la avaricia y la soberbia. Fernández Flórez, que publica su novela en 1926, parece intuir ese futuro inminente del socialismo, entronizado poco antes en Rusia y ya muy influyente en el resto de Europa. Así lo da a entender en el último párrafo de la Primera Parte, cuando el Diablo acaba de declarar su renuncia a tentar a los hombres:

“Los caudillos socialistas hicieron saber, por el portavoz de sus diarios, que la decisión de Satanás equivalía al triunfo de los ideales del partido y que, por esta razón, aunque siempre habían tratado al Demonio con evidente menosprecio, no tenían inconveniente en alabar su conducta en tan señalada ocasión y en reconocer que, sin su inesperado auxilio, la confraternidad humana tardaría muchísimas centurias en ser algo más que una aspiración atormentante”

Desde que existen, la izquierda y la derecha han hundido sus raíces en un terreno que no es solamente político, sino metafísico, en sus concepciones divergentes de la naturaleza humana. La primera, alimentada en la nodriza rousseauniana del *Contrat social* y del *Émile*, cree en nuestra bondad innata. Por eso el progre repite siempre como un papagayo eso de que la culpa la tiene la sociedad. Lo que no explicó Rousseau, ni nadie, es cómo una sociedad de hombres naturalmente buenos puede corromper a un individuo hasta convertirlo en un criminal. La derecha, en cambio, cree en la maldad intrínseca del ser humano, y por tanto en la necesidad de poner límites a esa maldad para conseguir una convivencia civilizada. El gran novelista anglo-polaco Joseph Conrad - que por cierto usaba el francés como lengua privada - escribe con sombría convicción: “L’ homme est un animal méchant. Sa méchanceté doit être organisée...La société est essentiellement criminelle, ou elle n’ existerait pas”. Frase esta última que resume la tesis de Fernández Flórez, nuestro anti-Rousseau en tono menor, quien también parece coincidir con Conrad y anticiparse a su tiempo cuando escribe de aquella humanidad abandonada por Satanás: “Ningún resorte social funcionaba normalmente. Se desconocía la autoridad, porque no se apoyaba en la violencia, y los hombres eran en el vasto mundo como pobres animales amedrentados”.

En las últimas páginas de la novela, el anacoreta – llamado, significativamente, Acracio – suelta una parrafada de optimista fé en el progreso moral del hombre, arguyendo que “es joven aún la Humanidad; su infancia no ha terminado todavía...En el misterio profundo de los siglos que han de venir esperan acaso hombres mejores que sabrán extraer del bien toda su felicidad y su progreso. Debe existir esa civilización venturosa, aún muy lejana, junto a la cual será estremecedora la barbarie de la que hoy ha fracasado. Y si no existiese nunca, si siempre hubiésemos de ser así, aún habría que continuar esperando su advenimiento, como el único medio de alejar la desesperación de los que comprenden y sufren la maldad y el error, la injusticia y las concupiscencias humanas”. Don Wenceslao deja, pues, una ventana abierta a la utopía, ideal que nunca debemos perder, pues “hay algo que anuncia la realidad de esa dicha remota: nuestro deseo de que sobrevenga. Todo lo que les ha sucedido a los hombres fue antes un deseo de los hombres”.

¿Convencido? Acracio mismo no parece estarlo mucho, pues sale corriendo detrás de los que van a pedirle a Satanás que restablezca sus siete columnas.